

RODOLFO REYES

DE MI VIDA

MEMORIAS POLÍTICAS

I

(1899-1913)

PRIMERA EDICION



BIBLIOTECA NUEVA
MADRID
1929

VII

EL REYISMO Y EL PAVOR GUBERNATIVO

De cómo se levantó en el país la ola inmensa de opinión, que hizo del reyismo el credo nacional, no he de ser yo quien lo señale, cuando ya ha sido explicado ampliamente. Bulnes dedica largas páginas de su libro *El verdadero Díaz* a insultarnos a mi padre y a mí con motivo del desarrollo de esa fuerza insuperable, que no había tenido ejemplo en nuestra historia. Lo hace para marcarnos como responsables del nacimiento de la revolución. ¡Triste ceguera la del odio! ¡Culpar a un hombre porque inspira la confianza y porque encarna las esperanzas de su patria, y culpar a un hijo porque todo lo quiere para el engrandecimiento de su padre!...

De labios de ese mismo implacable enemigo nuestro recojo yo en estas Memorias la realidad social de que el reyismo fué la primera manifestación de aliento democrático, el despertar de

la pereza cívica mejicana; y reconozcan todos que algo tendría quien supo inspirar esa fe y ser reactivo contra un sueño de treinta años.

El reyismo, como lo dice bien Madero (*El partido antirreeleccionista y la próxima lucha electoral*), fué "la manifestación del profundo descontento que reinaba en toda la República y el vehementísimo deseo de obtener un cambio"; pero si encarnó en el general Reyes fué porque tal era el natural eslabón, la solución evolutiva que el pueblo, con su certero instinto, requería, para no rodar por el abismo de sangre y dolor, en el que cayera por faltarle un tránsito.

Ya lo dijo Renan: "La fe sincera no existe sin algo digno de inspirarla", y Bernardo Reyes fué y quedará en la historia de México como el hombre que por sus cualidades reconocidas por todo el país dió la consigna de un despertar que en caso alguno puede llamarse en sí mismo desgracia, sean cuales fueren las dolorosas etapas que haya recorrido después y a pesar del posible error político —noble acto de moral personal— en el que pudo incurrir el escogido al no aceptar la invitación que se le hacía, obedeciendo, por otra parte, a motivos que deben pesarse y considerarse mucho antes de condenarlos.

López Portillo dice, con razón, que jamás una palabra de mi padre excitó ni alentó la organización reyista; yo recibí de él órdenes expresas de no mezclarme en nada, y lo desobedecí, esperando poder someterlo por la presión de la opinión.

El partido Democrático nació llevando en su seno gérmenes de reyismo incuestionables. Yo indiqué a mis amigos que tomaran parte en él. Calero no era una reyista propiamente tal, y Lerdo, tampoco; todos los otros lo eran, más o menos, y aquellos mismos hubieran aceptado la candidatura de mi padre con simpatía. En todo el simpático movimiento que provocó este partido, el eco de sus propagandas doctrinales era coreado por el "¡Viva Reyes!", y de cualquiera semilla que se sembrara, lo que brotaban eran claveles rojos. Yo no figuré ostensiblemente en este partido, pero estuve en todas sus actividades. Manuel Calero era un hombre de todas las simpatías de mi padre, quien había tenido ocasión de demostrárselas, desvaneciendo una mala inteligencia que tenía con el general Díaz; yo era y soy un admirador de la capacidad política, de la simpatía personal, del don de gentes que tiene este eminente ciudadano; Benito Juárez

era reyista; Peón del Valle lo era; Urueta, en menor grado lo era también, y nada digamos de Zurbarán, Martínez Baca, los Gracia Medrano y demás miembros del Estado Mayor del partido.

El general Díaz vió con simpatía al grupo, y fiaba en que lo habría de manejar Calero a su agrado, y que él, a su turno, llevaría a éste por donde gustara; pero sabía muy bien que todo podía pedir al partido, que estaba en constante relación con él, menos que apoyara la candidatura de Corral.

Benito Juárez por aquellos días comentó conmigo que el general Díaz había hablado del partido diciendo: "Calero es el único gallo de ese gallinero..."

De todo lo anterior se deduce que el general Díaz no estaba aún resuelto, ni mucho menos, por Corral. Lo tenía en jaque y deseaba aún explorar la opinión yendo a fondo en el peligrosísimo juego en que se lanzó con su famosa entrevista (1).

(1) Dice a este respecto el muy inteligente escritor D. Emilio Rabasa, procedente del grupo científico, moderado siempre y siempre justo (*La evolución histórica de México*): "Díaz parecía seguir voluntariamente un

Llegó un momento en que se espantó, y no tuvo, con su viejo sentido burócrata personalista, otro medio que llamar a Calero a un puesto que le impedía tener actividades políticas; pero estar éste en la Subsecretaría de Fomento no limitó, ni con mucho, las actividades del partido, que sencillamente acusó su color reyista. Calero era mucho "gallo"; pero ni era el único, ni el partido democrático era la causa del movimiento reyista, sino uno de tantos efectos de un sentir nacional casi unánime.

El partido antirreeleccionista, único que no era propiamente reyista y único que desde su iniciación presentó la posibilidad de enfrentar una candidatura a la misma presidencial de don Porfirio, no hubiera deseado al general Reyes, con ciertas concesiones, pues si bien había intransigentes entre sus filas, el propio Madero estaba dispuesto a transigir y veía imposible el triunfo completo de ese partido frente al reyista.

camino que lo llevaba de error en error, y dejó envenenarse la lucha. El público creyó sinceramente que esta lucha estaba provocada y sostenida por el presidente para arrebatarse todo su prestigio a los dos candidatos (Corral y Reyes)."

Respecto del grupo reyista nato, no quiero historiarlo; podría cometer errores o incurrir en omisiones, que no me perdonaría, y luego de recordar en estas líneas al Dr. Samuel Espinosa de los Monteros, el San Juan de mi padre, por su abnegación, devoción, valor e incondicionalidad, más reyista que yo, y a D. José López Portillo, amigo valioso, corazón noble, víctima inmolada por el odio de Pineda y los suyos, sólo interesa a posteriores desarrollos que conste que el 85 por 100 cuando menos de los antirreeleccionistas y maderistas de 1910 eran reyistas en 1908 y 1909. He de señalar, entre otros, a algunos tan notorios como el Dr. Vázquez Gómez y el Sr. Carranza, el Dr. Martínez Baca, Miguel Díaz Lombardo, etc.

La actividad del partido democrático y de los clubs reyistas fué enorme; se presentaron las elecciones de Sinaloa y Morelos, que respectivamente elegían gobernadores, y el general Díaz pudo medir el vigor del movimiento nacional; Diego Redo, candidato impuesto en Sinaloa por el Sr. Corral, informó lealmente al general Díaz, según él mismo me lo contó, y en términos categóricos le declaró que en aquel Estado, uno de los que contaba como suyos el corralismo,

triumfaría la candidatura hasta presidencial del general Reyes, si éste se resolvía a lanzarla.

Creo inútil narrar hechos de pública notoriedad, relativos al empuje arrollador del reyismo en la República desde el año 1908 hasta mediar el año siguiente. Tomé parte activa y resuelta en ese desarrollo; creí con él poder dominar la resistencia de mi padre, y fui radical en el sentido de juzgar imposible lo que muchos querían: la subsistencia del general Díaz en la presidencia, con un vicepresidente realmente electo por la nación, y menos con mi padre; no omití medios para orillar a éste a una actitud conforme a lo que juzgaba mejor para la patria y para él, y hasta lo comprometí muchas veces a sa-
biendas (1).

(1) El 22 de marzo de 1908 se realizó un acto, que puede decirse que fué la primera franca manifestación de rebeldía. Un grupo de discípulos del gran Barreda, casi todos científicos militantes, hablaron a algunos jóvenes para que se realizaran algunos actos en el aniversario de la muerte del maestro. Se proyectó un número a desarrollar en la Preparatoria y otro en el teatro Fábregas. Sin malicia preconcebida de parte de los organizadores se nos designó oradores a Batalla y a mí, y luego de desarrollado el acto de la Escuela, Batalla abrió los fuegos en el teatro con un discurso plenamente subversivo y terrible contra los científicos. Yo

Respecto a la actitud de mi padre, nada más definitivo que lo que sobre el particular dicen dos escritores afectos a él, uno de ellos, con razón considerado como el hombre en el que depositó mayor confianza, y que sólo por eso fué víctima de una de las más viles intrigas de la decadencia porfirista, D. José López Portillo y Rojas, dice (op. cit.): "Pero la labor reyista carecía de autorización por parte de su candidato. Este señor, en la entrevista tenida con Barrón, se había descartado, como se ha visto, de la lu-

no quise ser menos y pronuncié uno que recuerdan todos los hombres de mi época, no por otra cosa sino porque tradujo la inquietud ambiente. En él, francamente, acusé al general Díaz de haberse arrepentido de resolver la cuestión sucesoria, y al grupo científico de cerrarle la visión del porvenir y de su inmortalidad, que estaba en ese camino. Las circunstancias hicieron que mis palabras provocaran una positiva tempestad entre la juventud.

Al día siguiente, Pineda recogió algunas de mis frases y me acusó en *El Imparcial*. Mi padre me reprendió; el general Díaz me llamó y me dijo algunas de esas frases que él tenía para reprender alentando, de aquellas ambigüedades que él usaba para decir, como en el caso, que hacía yo mal en excitar a la opinión, pero que tenía razón en lo que decía de los científicos, y que, en cuanto a él, seguía resuelto a retirarse. En fin, como de costumbre, me alentó al advertirme y no me dió la impresión de que me vedaba enfrentarme a los adversarios de mi padre.

cha electoral y había declarado con toda claridad que el vicepresidente debía ser designado a gusto del general Díaz. Yo estaba, por otra parte, en activa correspondencia con Reyes y procuraba persuadirlo de que debía aceptar su candidatura; pero él jamás convino en ello, temeroso de la resistencia de Díaz a aceptarla, de que la paz se trastornase y principalmente de los peligros que nuestra nacionalidad podía correr ante la actitud del Norte, si la revolución llegaba a estallar. No es cierto, como lo han dicho sus enemigos, que Reyes haya jugado un juego doble, porque jamás nos engañó diciéndonos que aceptaba nuestra propuesta, y no pusimos su anuencia como fundamento de nuestros trabajos. Esta es la verdad, hay que decirla muy alto, para libertar el nombre de Reyes de la mancha de la inconsecuencia y cobardía que ha querido echarse sobre él."

Hablando D. José Fernández Rojas (*De Porfirio Díaz a Victoriano Huerta*. Guadalajara, 1913) de la renuncia del general Reyes a su candidatura dice: "Se lanzaron entonces sobre el ilustre veterano, por propios y extraños, los reproches más acerbos, se acumularon sobre su limpia personalidad los cargos más abominables,

se le injurió rastreramente, sin que nadie se hubiera tomado el trabajo de analizar serenamente los elevados sentimientos de patriotismo en que se había inspirado su actitud, y por uno de tantos caprichos del destino, terminó allí la carrera política de aquel abnegado patriota."

Pero el reyismo crecía, y el pavor en las huestes gobernistas y en el ánimo del viejo presidente llegaba al paroxismo.

Se rodeó al general Reyes de jefes enemigos, se llamó al servicio al ilustre ex caudillo general Treviño, se le puso al mando de la Zona, y cuanto estantigua que vestía uniforme se pudo sacar de los archivos, considerando que habían sido ofendidos por el general Reyes, ya porque fué a Nuevo León a fin de acabar con su acción en la frontera, ya porque reformó la ley orgánica militar, estableciendo el retiro por edad, surgieron como rayos vengadores del decadente presidente, prestos a su consigna a fulminar sobre el general Reyes. Hubo entonces casos curiosos, de los que fuí testigo presencial; así, por ejemplo, la oficialidad del batallón de confianza, que mandaba D. Juvencio Robles, general primo de Pineda, al cual era lógico que estuviera en-

cargada la ejecución del *rebelde*, constantemente hizo en masa manifestaciones de adhesión al "atrincherado de Galeana", encabezándolas el yerno del citado general; y miembros del Estado Mayor del propio general Treviño tomaban igual actitud, pues era difícil encontrar un militar menor de cincuenta años que no fuera reyista.

Culminó la vergüenza de aquel pavor por la creación de *El Debate*, periódico sin precedente en la Prensa patria, que por primera vez en la historia fué un libelo, no al servicio de la oposición, sino casi órgano oficioso del Gobierno. Inteligentes jóvenes fueron allí aprovechados por Pineda, movidos los unos por legítimas rencillas, los otros por circunstancias de diversa índole. Nosotros, desde *México Nuevo*, nos enfrentamos con el inmundo órgano del miedo corralista, y su exageración y desenfreno hicieron terrible daño a la causa que servía, a pesar del talento de la mayoría de sus redactores, enrolados en una causa impropia de su juventud.

Roque Estrada, que no es posible tachar de reyista, dice, hablando de ese periódico y de *El Rey que rabió*: "Entre ambos dieron el triste espectáculo de una obra canallesca que producía

indignación aun en los que éramos adversarios del general Reyes."

El propio ayudante de Pineda, Sr. Prida, dice que "desgraciadamente (*El Debate*) no siempre conservó el tono que debía".

Mi padre, entretanto, no era todavía interpeado definitivamente por los clubs reyistas, como a poco lo fué, y el general Díaz nada le decía categóricamente, pero le molestaba, le humillaba, le espía sin cesar, recibiendo, por otra parte, constantes llamadas e invitaciones para que se resolviera a todo. No era de acero aquel hombre tan sacudido por tantas impresiones, y se puso de tal modo enfermo que mi madre me llamó a Monterrey; allí me dijo que había resuelto aislarse lo más posible y que había escogido a Galeana, lugar de la sierra de Nuevo León, con pocas comunicaciones y de clima magnífico, para contrariar el ataque de paludismo que se acumulaba a sus males. Salió entonces a su famosa *trinchera*, llevando un secretario, un hermano mío de catorce años, dos sirvientes y tres rurales del Estado para su servicio y escolta. ¡No espantó más Atila a las puertas de Roma que lo que aquel movimiento estratégico (*sic*) espantó a las huestes corralistas y al

viejo presidente! Se movilizó toda una división sobre Linares, se cerraron las salidas más indirectas de aquella sierra, se llamó al servicio a un prestigiado guerrillero (el general Rómulo Cuéllar) para mandar una columna de caballería que vigilara los confines de Nuevo León con San Luis Potosí. ¡Y a las cuarenta y ocho horas de todos estos movimientos, las oficialidades de las tropas *sitiadoras* mandaban a decir al perseguido que estaban a sus órdenes!

A poco, yo, pretextando una cacería, salí de México, atravesé la sierra, bajándome en la estación de La Ventura, y tuve una entrevista con mi padre, de la que vive un testigo caracterizado que no tengo el derecho de nombrar por ahora. Presenté a mi padre un plan completo para que lanzara su candidatura presidencial y llevara las cosas al último extremo, caso de que el general Díaz se resistiera a respetar su derecho. Nadie supo de esto, fuera de algunos jefes militares; pero ninguno de los partidarios políticos de mi padre, ya que yo sabía bien que estarían de acuerdo. Mi plan contenía la posibilidad de ir a las armas.

—Ni una palabra más —me dijo mi padre—; eso sería un crimen.

Le objeté que si el general Díaz no se sometía al clamor nacional, la revolución era inevitable, y preferible en tal caso que él la recogiera como su caudillo natural, hasta para garantizar de la obra, la persona y la gloria del viejo caudillo; que yo juzgaba fuera de su deber cívico negarse a ello por respeto a su amistad con el general Díaz.

—No —me dijo mi padre—; verdad es que el general Díaz me puso estas charreteras; verdad que, a pesar de todo, lo quiero, respeto y admiro; pero no es esto lo principal que pesa en mi ánimo; ustedes no conocen la psicología de nuestro pueblo, están deslumbrados por el progreso material, no saben de qué regresión puede ser víctima la patria, abierta la era de las revoluciones, y tampoco hay que olvidar nuestra vecindad internacional. No, yo no abriré esa era revolucionaria, que ni yo ni nadie podría cerrar en muchos años; soy de los pocos generales que por esa convicción no dejé nunca de servir al Gobierno. Y te suplico que salgas del país.

—Pero entonces —dije— vas al suicidio político. La situación actual no puede mantenerse; el general Díaz no te aceptará como vicepresidente. ¿Qué vas a hacer?

—Ir a ese suicidio —me contestó.

A poco, interpelado el general Reyes por los clubs reyistas, contestó categóricamente que no aceptaba por ningún motivo su candidatura.

Sea permitido a un hijo; pero por encima del hijo al ciudadano, rendir un tributo al valor, al desinterés, a la abnegación de los reyistas, caso único en nuestra historia de un grupo de hombre así, admirables, asombrosos ciudadanos que, conscientes de que servían a la República, todo lo arrostraron sin tener siquiera el aliento de su candidato. Podrá atacarse al general Reyes, podrán desconocerse los móviles que guiaron su conducta, podrá decirse con mayor razón que su moral individual lo llevó a un error político; pero nadie que tenga conciencia y corazón podrá dejar de admirar a los reyistas. De ellos ha dicho el más cruel y apasionado de nuestros enemigos (Ramón Prida):

“Esta firmeza de los partidarios del general Reyes es una de las cosas que más admiran, porque era un verdadero fanatismo que hacía de los partidarios de D. Bernardo hombres dispuestos a todos los sacrificios y a todas las penalidades. Ni los mártires del Cristianismo tuvieron mayor fe.”

En este punto, bueno es tomar ese nivel entre los adversarios del reyismo, para decir, en honor de todos ellos, que ninguno ha dejado de rendir este holocausto a aquel asombroso núcleo de hombres que fueron el órgano del instinto defensivo del pueblo mejicano, queriendo transmitir el poder absoluto del decadente dictador a un hombre que, cuando menos, hubiera dado entrada a la juventud (que desechaba totalmente el general Díaz), purificado todos los procedimientos administrativos, mantenido el progreso, fortalecido el papel de México en la América hispana y preparado a la fuerza el advenimiento de un sistema democrático, aun cuando él no lo hubiera lógicamente aplicado en toda su amplitud, cosa todavía esperada en vano, y que nadie honradamente puede llamar realizada.